

CAPITULO XXVIII.

Maria en los primeros dias de la Iglesia.

EN el principio, Dios puso en el cielo dos luminaires, uno que fué llamado por excelencia el gran luminar, y otro que fué llamado el menor: el mayor para alumbrar y presidir al día, y el menor para alumbrar y presidir á la noche; pues aunque el Señor quiso que hubiera alternativa del día y de la noche, y que las tinieblas sucedieran á la luz, sin embargo, siendo luz El mismo, no quiso que las tinieblas y la noche permanecieran enteramente privadas de luz. Así pues, habiendo criado el gran luminar para el día, crió el menor para la noche, á fin de que la oscuridad de las tinieblas, fuese mezclada y templada por medio de su claridad.

Ese mismo Dios, en su santa Providencia, queriendo criar el mundo espiritual de su Iglesia, ha puesto en ella, como en un divino firmamento, dos grandes luminaires, uno mayor y otro menor; el mayor es Jesucristo, Nuestro Salvador y Maestro, abismo de luz, fuente de esplendor, verdadero sol de Justicia; el menor es la Santísima Madre de ese gran Hijo, Madre gloriosísima, toda resplandeciente y verdaderamente más

hermosa que la luna. Ahora bien, ese gran luminar, el Hijo de Dios, al venir á la tierra tomando nuestra humana naturaleza, produjo, como el sol sobre nuestro hemisferio, la luz y el día; día feliz y muy deseado, que duró cosa de treinta y tres años, durante los cuales iluminó la tierra de la Iglesia con la luz de sus milagros, ejemplos, predicaciones y de su santa palabra. Mas al fin, cuando hubo llegado la hora en que ese precioso Sol debia ponerse, y llevar sus resplandores al otro hemisferio de la Iglesia, que es el cielo y la multitud angélica, ¿qué podia esperarse, sino la oscuridad de una tenebrosa noche? La noche llegó inmediatamente y sucedió al día; pues tantas aflicciones y persecuciones que sobrevinieron á los Apóstoles, ¿qué otra cosa eran, sino una noche? Mas esta noche tuvo tambien su luminar que la alumbró, para que esas tinieblas fuesen mas tolerables, pues la bienaventurada Virgen permaneció en el mundo entre los discípulos y fieles.

Veamos las razones por las cuales su Hijo la dejó despues de El, en este mundo. Primeramente, este luminar se necesitaba para el consuelo de los fieles, que estaban en la noche de las aflicciones. En segundo lugar, su permanencia en este mundo, le dió ocasion de practicar un gran número de buenas obras, para que pudiera decirse de ella: *Muchas doncellas han juntado riquezas, pero tú las has sobrepujado á todas.* En tercer lugar, algunos herejes dijeron, al punto que Nuestro Señor hubo muerto y subido al cielo, que El no habia tenido un cuerpo natural y humano, sino fantástico; y permaneciendo en el mundo la Santísima Virgen, despues de El, servia de testi-

monio auténtico para la verdad de su naturaleza humana, comenzando desde entónces á verificarse lo que cantamos de María: *Tú has destruido sola, oh Virgen María, todas las heregias.* He aquí por qué vivió ella despues de la muerte de su vida, es decir, de su Hijo, bastante largo tiempo.

(Primer Sermon de la Asuncion.)

CAPITULO XXIX.

María vivió de amor.

LA Santísima Virgen María Señora Nuestra, es la hija de incomparable dileccion, la única paloma, la Esposa toda perfecta. (Cant. VI.—8.) De esta Reina celestial, pronunciamos con todo nuestro corazon, este amoroso, pero verdadero pensamiento, que á lo menos hácia el fin de sus días mortales, su caridad sobrepujó á la de los serafines, porque si muchas doncellas han juntado riquezas, ésta las aventajó á todas. (Prov. XXXI—29.) Los Santos y los Angeles todos, solo son comparados á las estrellas, y el primero de ellos, á la mas hermosa de ellas; pero María es bella como la luna, fácil de ser escogida y distinguida entre todos los santos, como el Sol entre los astros. (Cant. VI.—9.) Y pasando mas adelante,

podemos pensar, que así como la caridad de esta Madre de amor aventaja á la de todos los Santos del cielo en perfeccion, así tambien ella la ha ejercitado mas excelentemente, aun en esta vida mortal. Ella no pecó jamás ni venialmente, como lo entiende la Iglesia, y así no tuvo mudanza ni retardo alguno en el progreso de su amor, antes bien, subió de amor en amor con un perpétuo adelantamiento. Tampoco sintió ella contradiccion alguna del apetito sensual, y por eso su amor, como un verdadero Salomón, reinó pacificamente en su alma, é hizo en ella todos sus ejercicios con absoluta libertad. La virginidad de su corazon y de su cuerpo, fué mas digna y honorable que la de los Angeles, y por eso su espíritu, no dividido ni repartido, como dice San Pablo, estaba todo ocupado en pensar en las cosas divinas y en cómo agradaria mas á su Dios. (I Cor. VII—32.) Y en fin, el amor maternal, que es el mas urgente, el mas activo, el mas ardiente de todos, ese amor infatigable é insaciable, ¿qué no obraria en el corazon de tal Madre, y para el corazon de tal Hijo?

Y no digamos que esta Santa Virgen estuvo, sin embargo, sujeta al sueño. No digamos eso; porque ¿no vemos que su sueño es un sueño de amor? su mismo esposo quiere que la dejen dormir tanto quanto sea de su agrado. *Ah! guardaos bien, dice, yo os conjuro á ello, guardaos bien de despertar á mi muy amada hasta que ella quiera.* (Cant. II.—7.) Si, esta Reina celestial no se dormia nunca sino de amor, puesto que no daba ningun descanso á su precioso cuerpo, sino para hacerlo mas vigoroso despues, en el servicio de su Dios. Acto en verdad, muy excelente de cari-

dad, porque como dice el gran San Agustín, ella nos obliga á amar convenientemente á nuestros cuerpos, en tanto que se requiere para las buenas obras, que forman parte de nuestras personas, las que serán participantes de la felicidad eterna.

Ciertamente que el cristiano debe amar su cuerpo como una imágen viva del Salvador encarnado, como salido del mismo tronco que El, y por consiguiente tocándole por parentesco y consanguinidad; sobre todo despues de que renovamos la alianza por la recepcion real del divino cuerpo del Redentor en el adorable Sacramento de la Eucaristía, y nos dedicamos y consagramos á la soberana bondad por el bautismo, confirmacion y demás sacramentos.

Mas en cuanto á la Santísima Vírgen, oh Dios mio! ¡con cuánta devocion debía amar su cuerpo virginal, no solamente por ser un cuerpo dulce, humilde, puro, obediente al amor santo y embalsamado todo él con mil suavidades sagradas; sino tambien por ser el origen viviente del cuerpo del Salvador y pertenecerle tan estrechamente, con una pertenencia incomparable! Por esto, cuando ella entregaba su angélico cuerpo al descanso del sueño, exclamaba: ¡Descansad, tabernáculo de la alianza, arca de la santidad, trono de la divinidad; aliviad un poco vuestro cansancio y reparad vuestras fuerzas por esta dulce tranquilidad!

Y así como los malos sueños, procurados voluntariamente por los depravados pensamientos del día, tienen en algun modo lugar de pecado, por ser como dependencias y ejecuciones de la malicia precedente; así tambien, los sueños que provienen de santos afectos, son estimados como virtuosos y santos. Oh! dulce Jesus! ¿qué soñaría

vuestra Santísima Madre cuando dormía y su corazón velaba? ¿No soñaba por ventura, veros aún encerrado en sus entrañas, como estuvísteis nueve meses, ó bien pendiente de su pecho y estrechando dulcemente su virginal regazo? Ah! qué dulzuras en aquella alma! Acaso soñaría muchas veces que así como Nuestro Señor había dormido frecuentemente en su seno, cual un pequeño corderillo en el blando seno de su madre, así tambien ella dormía en su herido costado, como una blanca paloma en el agujero de una roca bien segura. (Cant. II.—14.) Su dormir era en todo semejante al éxtasis, en cuanto á la operacion del espíritu, bien que en cuanto al cuerpo era un dulce y gracioso alivio y descanso. Y si alguna vez soñó, como el antiguo José, (Gen. XXXVII.—5) en su futura grandeza, cuando estaria en el cielo revestida del sol, coronada de estrellas y con la luna á sus piés, (Apoc. XII.—1.) es decir, toda rodeada con la gloria de su Hijo, coronada con la de los santos, y el Universo á sus plantas: ó si soñó como Jacob, viendo los progresos y los frutos de la redencion hecha por su Hijo en favor de los ángeles y de los hombres, ¿quién podría imaginarse nunca la inmensidad de tamañas delicias? Qué coloquios con su Hijo! qué suavidades por todas partes!

En suma, el corazón de la Vírgen Madre, vivió perpetuamente inflamado con el santo amor que recibió de su Hijo, y sus llamas no podían perecer, ni disminuir, ni permanecer en el mismo estado, y así, no cesaron nunca de tomar increíbles acrecentamientos hasta el cielo, lugar de su origen. Tan cierto así es que esta Madre, es la *Madre del amor hermoso*, (Ecles. XXIV.—24) es-

to es, la más amable como la más amante, y la más amante como la más amada Madre de ese Hijo único, que es también el más amable, el más amante y el más amado Hijo de esa única Madre.
(Amor de Dios, Lib. III. cap. VIII.)

CAPITULO XXX.

Maria vivió de amor.

(REPETICION.)

Así como vemos crecer la bella aurora del día, no con diversas interrupciones ni como por sacudimientos, sino por cierta dilatación y crecimiento continuo, que es casi insensible, de modo que verdaderamente se le vé aumentar en claridad, pero de una manera tan igual, que nadie observa interrupción alguna, separación ó falta de continuación en sus aumentos; así también, el amor divino aumentaba á cada instante en el corazón virginal de nuestra gloriosa Señora, pero con aumentos dulces, apacibles y continuos, sin agitaciones, ni sacudidas, ni violencias algunas. No hubo en verdad, impetuosidad de agitación en aquel celeste amor del corazón maternal de la

Virgen; pues el amor, por su naturaleza, es dulce, gracioso, apacible y tranquilo. Si algunas veces dá asaltos y sacudidas al espíritu, es porque encuentra allí resistencia; pero cuando se le abren los caminos del alma sin oposición ni contrariedad, hace sus progresos apaciblemente y con una suavidad sin semejante.

Así pues, el amor santo empleaba su fuerza en el corazón virginal de la Madre Sagrada, sin esfuerzo ni violenta impetuosidad, porque no encontraba resistencia ni impedimento alguno. Pues así como se vé á los ríos caudalosos, producir saltos y borbotones con gran ruido, en los lugares pedregosos, donde las rocas forman bancos y escollos que se oponen é impiden la corriente de las aguas, mientras por el contrario, hallándose en la llanura, se deslizan y corren mansamente y sin esfuerzo; así también el amor divino, encontrando en las almas humanas muchos impedimentos y resistencias, como en verdad todas tienen, aunque de diferente modo, obra en ellas violencias, combatiendo las malas inclinaciones, tocando el corazón, impeliendo la voluntad con diversas agitaciones y diferentes esfuerzos, á fin de abrirse lugar, ó al menos salvar esos obstáculos. Pero en la Santísima Virgen, todo favorecía y secundaba el curso del amor celestial; y sus progresos y acrecentamientos, se obraban incomparablemente más grandes que en todo el resto de las criaturas, aunque de un modo infinitamente dulce, apacible y tranquilo.

No por esto ha de decirse que en el alma de la Santísima Virgen, hubiera dos partes y por consiguiente dos apetitos; uno según el espíritu y la razón superior y otro según los sentidos y

la razon inferior, de suerte que pudiera sentir repugnancias y contrariedades de un apetito al otro; pues ese trabajo se halló tambien en su Hijo Señor Nuestro. Lo que debe entenderse es que en esta celestial Madre, todos los afectos estaban tan bien dispuestos y ordenados, que el divino amor ejercia en ella su imperio y dominio con suma paz, sin ser turbado por la diversidad de voluntades ó apetitos, ni por la contrariedad de los sentidos; porque ni los movimientos de estos, ni las repugnancias del apetito natural, llegaron jamás hasta el pecado, ni siquiera venial; ántes por el contrario, todo esto era santa y fielmente empleado en el servicio del amor santo, para el ejercicio de otras virtudes, que en su mayor parte, no pueden ser practicadas sino entre las dificultades, oposiciones y contradicciones.

Las espinas, segun la opinion vulgar, no solo son diferentes, sino contrarias á las flores, y parece que fuera mejor que no las hubiese en el mundo, lo que ha hecho pensar á San Ambrosio, que sin el pecado, no las hubiera habido. Mas con todo esto, y supuesto que las hay, el buen labrador las hace útiles, formando con ellas cercas y vallados en torno de los campos y árboles tiernos, á los cuales sirven de defensa y amparo contra los animales. Así la gloriosa Virgen, habiendo tenido parte en todas las miserias del género humano, excepto aquellas que se encaminan inmediatamente al pecado, las empleó utilísimamente en el ejercicio y aumento de las santas virtudes de la fortaleza, templanza, justicia, prudencia, pobreza, humildad, sufrimiento y compasion; de suerte que ellas no ponian impedimento alguno al amor celestial, sino al contrario, ocasion

nes muchas de vigorizarse con continuos ejercicios y adelantos.

Así pues, sobre todas las almas, hay una solamente única, que es la reina de las reinas, la mas amante, la mas amable y la mas amada de todas las amigas del esposo divino, que no solo ama á Dios sobre todas las cosas y en todas las cosas, sino que no ama mas que á Dios en ellas, de suerte que no ama muchas cosas, sino una sola, que es Dios; y por ser Dios solo á quien ama en todo lo que ama, le ama igualmente en todo, segun lo requiere el beneplácito divino, fuera de todas las cosas y sin ellas. Si Asuero no ama mas que á Ester, ¿por qué la ha de amar más, cuando está perfumada y adornada, que cuando está con su vestido ordinario? Si nuestro Salvador es á quien amamos, ¿por qué no hemos de amarle tanto en el Monte Calvario como en el Tabor, puesto que tan verdaderamente está en el uno como en el otro? ¿Por qué no hemos de decir tan cordialmente en uno como en otro, *Señor, bueno es estar aquí?* (Mat. XVII.—4.) Si amamos al Salvador en Egipto, sin amar á Egipto, ¿por qué no hemos de amarle en el festin de Simon el Leproso, sin amar el festin? Si le amamos en medio de las blasfemias que contra El descargan, sin amar las blasfemias, ¿por qué no hemos de amarle perfumado con el unguento precioso de Magdalena, sin amar ni el unguento, ni su perfume? La verdadera señal de que en todas las cosas no amamos sino á Dios, es cuando en todas ellas lo amamos igualmente; porque siendo El siempre igual á sí mismo, la desigualdad de nuestro amor hácia El, no puede tener otro origen que el de la consideracion de alguna cosa que no está en El.

Ahora bien, esta amante sagrada, no ama más á su Rey con todo el universo, que si El fuera solo sin universo, porque todo lo que está fuera de Dios, y no es Dios, lo estima como si fuera nada: alma toda pura, que no ama ni aun el paraíso mismo, sino porque el esposo es amado allí; esposo tan soberanamente amado en su paraíso, que si no tuviera cielo que dar, no por eso sería ni menos amable, ni menos amado por esta animosa amante, que no sabe amar el paraíso de su esposo, sino solamente á su Esposo del paraíso, y que no se enamora ménos del Calvario, mientras está allí crucificado, que del cielo, donde está glorificado. Así, el gran amor encuentra á Dios solo, tan amable, como á todas las criaturas juntas con El, porque no las ama á todas ellas sino en Dios y por Dios.

Oh Dios mio! cuando se considera el curso de la vida de esta Santa Señora, se siente el corazón todo lleno de dulzura y suavidad; y cuando se miran los raros y grandes ejemplos de virtud que nos ha dejado, se siente uno arrebatado de admiracion. Consideremos, pues, la vida de esta Santa Vírgen, y tengámosla siempre presente á nuestros ojos, para formarnos segun ella, ajustando nuestras acciones y afectos á los suyos, pues somos sus hijos y por eso mismo debemos imitarla, y servirnos de ella como de un espejo en quien siempre nos contemplemos. Y aunque la dulzura que recibiremos al mirar y considerar sus virtudes, caerá en un vaso de arcilla, no por eso dejará de tener una suavidad admirable; pues el bálsamo puesto en una vasija de barro, es tan suave como puesto en un pomo de cristal.

Imitemos á la gloriosa Vírgen, y á su ejemplo,

consagrémonos totalmente á Dios; renovemos esta consagracion frecuentemente, y así adquiriremos nuevo vigor y fuerzas para el servicio del amor de Nuestro Señor.

(*Amor de Dios, Lib. VII. Cap. XIV, y Lib. X. Cap. V.—2º Sermon para el día de la Presentacion.*)

CAPITULO XXXI.

Muerte de Maria.

LA historia de la gloriosa muerte de María, dice que Nuestra Señora, habiendo llegado á la edad de sesenta y tres años, segun la mas comun opinion de los Doctores, murió, ó mas bien, se durmió con el sueño de la muerte.

Pudiera sin embargo, preguntarse: ¿Cómo es que Nuestro Señor, que amaba tan tierna y fuertemente á su Santa Madre, no le dió el privilegio de no morir, puesto que la muerte es pena del pecado, y ella no habia cometido jamás ninguno? Oh! qué contrarios son los pensamientos de los hombres de los de Dios, y cuán distantes de sus juicios están los juicios humanos! ¿No sabemos acaso, que la muerte ya no es ignominiosa, sino que ha sido preciosa, desde que el Señor se de-

jó herir por ella, sobre el árbol de la Cruz? No hubiera sido, en verdad, una ventaja ni un privilegio para la Santísima Virgen, el no morir: por eso ella siempre habia deseado la muerte, desde que la vió entre los brazos y aun en el mismo corazón de su sagrado Hijo, sobre la Cruz, el cual ha hecho á la muerte tan suave y tan deseable, que los ángeles se estimarian felices de poder morir, y los santos han tenido por gran dicha el poderla sufrir, experimentando en ella mucho consuelo; porque despues que nuestro divino Salvador, que es nuestra vida, se ha hecho presa de la muerte, ha vivificado la muerte, de tal suerte, que para los que mueren en la gracia, ella es el principio de una vida que no tendrá fin.

Es pues, muy cierto que la Santísima Virgen murió, no porque lo atestigüe la Escritura, pues ninguna palabra se encuentra en ella que lo afirme; pero la tradicion eclesiástica nos lo asegura, y la Santa Iglesia lo confirma en la oracion secreta que dice en el Santo Oficio de la Misa de la fiesta de la Asuncion. La verdad es pues, que María ha muerto, como tambien su Hijo y Salvador, pues aunque esto no se pueda probar por la Escritura, nos lo aseguran la tradicion y la Iglesia, que son testigos infalibles.

Seguros como estamos de que ella murió, meditemos con qué género de muerte. ¿Qué muerte fué tan osada, para atreverse á herir á la Madre de la vida, á aquella cuyo Hijo habia vencido á la muerte y á su fuerza, que es el pecado?

La respuesta, en una palabra, es que Nuestra Señora, la Madre de Dios, ha muerto con la muerte de su Hijo. La razon fundamental es que ella no tenia mas que una misma vida con su

Hijo, y en consecuencia, no podia tener sino una misma muerte. Ella no vivia sino de la vida de su Hijo; ¿cómo hubiera podido morir con otra muerte?

Ahora bien, el Hijo murió de amor, y puesto que la Madre murió con la muerte del Hijo, no cabe duda en que la Madre murió de amor. Mas cómo fué eso?

Ya hemos visto que María fué herida con una llaga de amor sobre el Monte Calvario, viendo morir á su Hijo: desde entónces ese amor le dió tantos asaltos y le hizo experimentar tantos impulsos, y aquella llaga recibió tales inflamaciones, que fué al fin imposible que dejara de morir: ella no hacia otra cosa que languidecer, su vida no era mas que desfallecimientos y éxtasis; sentiase consumida por tal ardor, que bien podia haber dicho ordinariamente: *Cercadme con flores, sostenedme con manzanas, porque desfallezco de amor!* Oh! cuán activo y poderoso es el amor divino! ¡Cuán grande es su principio y su objeto! Por esto no es cosa estraña el decir que Nuestra Señora murió de él, pues llevó siempre en su corazón las llagas de su Hijo, que por algun tiempo sufrió sin morir, hasta que al fin murió de ellas sin sufrir.

Ah! su tesoro, es decir, su Hijo, estaba en el cielo, y allá volaba esta santa águila, pues allí estaba aquel cuerpo que tanto amaba, y que era hueso de sus huesos y carne de su carne. Su corazón, su alma, su vida estaba en el cielo; ¿cómo podria ella permanecer en la tierra? Así, en fin, despues de tantos vuelos espirituales, despues de tantas suspensiones y éxtasis, aquel santo castillo de pureza, aquel fuerte de humildad, despues de

haber resistido milagrosamente mil y mil asaltos de amor, fué sitiado y tomado por un último y general asalto, y el amor, que fué el vencedor, llevándose aquella hermosa alma como prisionera, dejó el sagrado cuerpo sin vida.

Así pues, la muerte de esta Santa Virgen fué lo mas dulce que se pueda imaginar; pues atrayéndola su Hijo suavemente al olor de sus perfumes, ella se deslizaba amorosamente tras la fragancia sagrada de aquellos, al seno de la bondad de su Hijo. Y aunque esta alma santa amase con extremo su santísimo, purísimo y amabilísimo cuerpo, con todo eso, lo dejó sin pena ni resistencia alguna; como la casta Judit, aunque amaba grandemente el vestido de penitencia y viudez, lo dejó no obstante y se despojó de él con placer, para revestirse con los vestidos nupciales, cuando fué á triunfar victoriosa de Holofernes. El amor habia dado junto á la Cruz, á esta divina Esposa, los supremos dolores de la muerte; justo era que al fin la muerte le diera las soberanas delicias del amor.

*(Primer y segundo Sermon de la Asuncion.—
Amor de Dios, Lib. VII. Cap. XIV.)*

CAPITULO XXXII.

Resurreccion de Maria.

Así pues, murió la Madre de la vida, pero no permaneció sino tres dias, cuando mas, sin resucitar. Su cuerpo no estuvo sujeto á la corrupcion despues de la muerte, como ninguna tuvo durante su santa vida. Una tal integridad, no podia ser presa de la corrupcion. Aquella arca era de madera incorruptible de Setim, como la antigua. Ah! si esto se cree de los cuerpos de Elías y de Enoc, los cuales, como se dice en el Apocalípsis, morirán, aunque sin corrupcion y solamente por tres dias, ¡cuánto más debe creerse de la Virgen, cuya carne inmaculada tiene tan estrecha alianza con la del Salvador, que no es posible imaginarse alguna imperfeccion en una, sin que el deshonor recaiga sobre la otra! *Tú eres polvo y volverás al polvo*, se dijo al primer Adán y á la primera Eva; mas el segundo y la segunda, no han tenido parte en esto, pues aunque es una regla muy general, no es sin excepcion, como hemos visto respecto de Elías y de Enoc. La ciudad de Jericó fué generalmente saqueada; pero la casa de Raab fué privilegiada y exenta del pillaje, porque habia alojado una noche á los espías del gran Josué. El mundo y sus

habitantes todos, están sujetos al saqueo y al pillaje, y al incendio general; ¿mas no vemos que hay razon para esceptuar á Nuestra Señora y su cuerpo, ese cuerpo que recibió y alojó, no á los emisarios, sino al Josué verdadero, al verdadero Jesus, y no por una noche, sino por muchas? Los gusanos destruirán nuestros cuerpos; pero ellos han respetado al que produjo el cuerpo de su Criador.

Habiéndose afiliado el Pontífice Abiatar en la sedicion de Adonías y habiendo sido descubierto y sorprendido, le dijo Salomón: tú debias morir; mas porque has llevado el Arca de la Alianza delante de mi padre, no morirás. Así, segun las leyes generales, la Virgen no debía resucitar antes del dia de la resurreccion general, ni ser exenta de la corrupcion; pero el honor que ella ha tenido de llevar delante del Padre Eterno, no al Arca de la Alianza, sino al Hijo único, al Salvador, al Redentor, la exceptúa de todas esas reglas. ¿Y no es cierto que á pesar de ellas, muchos resucitaron el dia de la Resurreccion? ¿Y por qué no la Santísima Virgen, á la cual, dice el gran San Anselmo, no debemos rehusar ningun privilegio ni honor que haya sido concedido á alguna simple criatura?

Mas en fin, si se nos urgiera para saber qué certidumbre tenemos de la resurreccion de la Virgen, responderiamos que tenemos tanta como de su muerte. La Escritura, no contradice ni á una ni á otra de estas dos verdades, ni establece ninguna de ambas con palabras expresas; pero la santa tradicion que nos enseña que María ha muerto, nos enseña tambien con igual seguridad que ella ha resucitado; y si alguno rehusara dar

crédito á la tradicion por lo que hace á la resurreccion, no podria convencer al que hiciera lo mismo, por lo que hace á la muerte. Pero nosotros, que somos cristianos, creamos, aseguremos y prediquemos que María ha muerto y resucitado muy pronto, pues la tradicion lo dice y la Iglesia lo atestigua. Y si alguno quisiera contradecirnos, podemos responderle como hizo en semejante caso el Apóstol: *Con todo esto, si alguno parece ser contencioso, nosotros no tenemos tal costumbre, ni la Iglesia de Dios.* (I. Cor. XI—16.)

Despues que esta santísima alma hubo dejado su purísimo y casto cuerpo, fué este llevado al sepulcro y entregado á la tierra, como lo fué el de su divino Hijo, pues era muy conveniente que la Madre no tuviera mas privilegios que el Hijo; pero así como este resucitó al tercer dia, asimismo ella resucitó tres dias despues de su muerte, aunque de manera diferente; pues Nuestro Señor resucitó por su propio poder y autoridad, y Nuestra Señora, por la omnipotencia de su Santísimo Hijo, que mandó al alma bendita de su Madre, que fuera á reunirse con su cuerpo, no siendo justo que este cuerpo santísimo fuera en manera alguna inficionado de corrupcion, pues el de Nuestro Señor habia sido formado de allí, y en él habia reposado el espacio de nueve meses. Y si el Arca de la Alianza, en que estaban las tablas de la ley, no podia ser presa de ninguna corrupcion, porque estaba hecha de madera incorruptible; ¡cuánto mas conveniente era que esta arca viviente, de quien la otra no era mas que figura, en la cual habia estado el Maestro y Autor de la ley, fuera exenta de toda suerte de corrupcion!

El profeta real David, en sus Salmos, nos de-

clara maravillosamente bien la resurreccion de la Santísima Virgen, por estas palabras: *Levantaos, Señor, triunfante y glorioso, para entrar en vuestro descanso, vos y el arca de vuestra santificación.* (Ps. CXXXI.) Esas primeras palabras: *levantaos, Señor,* hacen mencion de la resurreccion de Nuestro Señor, que como Dios, resucitó por sí mismo y por su propia virtud; y las que siguen: *vos, y el arca de vuestra santificación.* se deben entender de la resurreccion de su Santísima Madre, que es la divina arca en la cual reposó nueve meses. Cierto es, que es una ley general el que nuestros cuerpos despues de la muerte, deben ser reducidos á polvo; ese es un tributo que todos debemos, y que es preciso que pagemos á causa del pecado que hemos cometido en Adan, por el que se dijo á él y á toda su posteridad: *polvo eres y volverás al polvo,* (Gen. III.) para ser pasto de los gusanos que comerán nuestro cuerpo despues de la muerte, por lo que bien podemos decir con Job á la podredumbre: *tú eres mi padre: y á los gusanos: vosotros sois mi madre y mi hermana.* Pero la Santísima Virgen, no habiendo jamás contraído ningun pecado, ni original, ni actual, era muy conveniente que fuera esceptuada de la ley de pagar aquel tributo comun á todos los hijos de Adan.

Oh muerte! ¿qué harás tú con ese cuerpo? ¿Piensas que podrás guardarlo? ¿No recuerdas que el Hijo de esa Virgen, cuyo cuerpo posees, te ha vencido, te ha derrotado, te ha hecho esclavo suyo? Oh! jamás sucederá que te deje con la gloria de esa victoria! ¡tú saldrás muy pronto de ese cuerpo, con tanta confusion, cual es la soberbia con que en él estás, y el amor, que con cierto

exceso te ha albergado en ese santo lugar, volviendo á sí mismo, dentro de muy poco, te quitará esa posesion!

María fué pues, esceptuada de pagar aquel tributo comun á todos los hombres, por los méritos de su Hijo, y resucitó gloriosa y triunfante, subiendo al cielo en cuerpo y alma, y siendo colocada allí á la diestra de su muy amado Hijo, el tercer dia despues de su tránsito.

(*Primer y segundo Sermon de la Asuncion.*)

CAPITULO XXXIII.

Asuncion de Maria.

L Arca de la Alianza habia estado por mucho tiempo bajo las tiendas y pabellones, cuando por fin, el gran rey Salomón la hizo colocar en el rico y magnífico templo que le habia preparado. Fué tan grande entónces el regocijo en Jerusalem, que la sangre de los sacrificios corria por las calles, el aire estaba cubierto con nubes de incienso, y las casas y plazas públicas resonaban con los cánticos y salmos, que acompañados de música y armoniosos instrumentos, se cantaban por todas partes.